



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2017, **Melania Bernal Cobarro**

© 2017, de esta edición: **Nova Casa Editorial**

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Portada

María Alejandra Domínguez

Maquetación

Natalia Sánchez Visosa

Revisión

Mario Morenza

Impresión

QP Print

Primera edición: Octubre de 2017

ISBN: 978-84-16942-96-1

Depósito Legal: B 22556 - 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Melania Bernal Cobarro

Cuarenta semanas



Nova Casa Editorial



Agradecimientos

Este libro está dedicado a esas personas que han creído en mí desde un principio, las que me han brindado un apoyo incondicional e ideas alocadas, pero brillantes, y las que han sostenido la cuerda, incluso, en los momentos más agobiantes. Gracias, entonces, a mis padres y hermana, y a mis queridas amigas Patricia y Marta.

Y, por supuesto, gracias a vosotros, mis lectores de Wattpad, pues, sin los constantes ánimos y comentarios recibidos, esta novela no estaría aquí ahora mismo.

Gracias por hacer mi sueño realidad.



«El mayor error del ser humano es intentar sacarse
de la cabeza aquello que no sale del corazón»

MARIO BENEDETTI



Índice

SEMANA 01	11	SEMANA 22	251
SEMANA 02	23	SEMANA 23	259
SEMANA 03	33	SEMANA 24	269
SEMANA 04	41	SEMANA 25	281
SEMANA 05	51	SEMANA 26	291
SEMANA 06	61	SEMANA 27	301
SEMANA 07	71	SEMANA 28	309
SEMANA 08	81	SEMANA 29	321
SEMANA 09	93	SEMANA 30	337
SEMANA 10	103	SEMANA 31	349
SEMANA 11	115	SEMANA 32	359
SEMANA 12	125	SEMANA 33	369
SEMANA 13	137	SEMANA 34	379
SEMANA 14	149	SEMANA 35	387
SEMANA 15	161	SEMANA 36	395
SEMANA 16	173	SEMANA 37	403
SEMANA 17	189	SEMANA 38	421
SEMANA 18	201	SEMANA 39	429
SEMANA 19	213	SEMANA 40	437
SEMANA 20	225	EPÍLOGO	449
SEMANA 21	233		



SEMANA 1

Catherine

Miré el test.

El test me miró a mí.

Bueno, no lo hizo realmente, pero lo sentí de aquella forma. Las caritas sonrientes me contemplaban como si fueran a abalanzarse sobre mí en cualquier momento. Apoyé la espalda contra los fríos azulejos de la pared del cuarto de baño mientras cerraba los ojos.

—Esto no puede estar pasándome —musité con un hilo de voz.

Instintivamente, descansé la palma de mi mano sobre mi vientre plano. Una nueva vida crecía en mi interior, y yo no podía hacer nada para evitarlo. Bueno, sí que estaba en mis manos el poder para ponerle fin, sin embargo, era una idea más descabellada que la actual situación. Deseé que la oscuridad me engullera durante los próximos nueve meses, pues, ¿cómo continuaría en la universidad con una barriga que aumentaría de tamaño semana tras semana? ¿Qué pensarían de mí?

—¿Qué pone? —Alexia insistió desde el otro lado de la puerta.

No pude responderle debido al estado de *shock* en el que me hallaba. Lo único en lo que podía pensar era que estaba embarazada con apenas 17 años de edad. ¿Cómo saldría hacia delante? Aparté los mechones cobrizos que cubrían mi frente y los deslicé hacia atrás de las orejas. Todavía recordaba cómo este desastre había sucedido, hace exactamente nueve días:

Se trataba de la fiesta de compromiso del célebre Dimitri Ivanov, el principal heredero de la industria Ivanov's House of Cars¹. Su padre le había cedido una importante cifra de capital con el fin de que festejara por todo lo alto sus últimos días como un joven alocado y sin compromisos en la vida. A pesar de que estaba a punto de cumplir los 28 años, Dimitri seguía comportándose como un adolescente de apenas 19. ¿El motivo? Dimitri odiaba recibir órdenes y conforme aumentaban las cifras de la edad, también lo hacían las responsabilidades.

Esa noche yo trabajaba para él a petición de mis queridas amigas, Alexia y Svetlana. El principal motivo fue el dinero: precisaba de él para pagar el segundo cuatrimestre del primer año de universidad —mis notas me habían permitido adelantar un año de instituto—. A pesar de mis calificaciones tan buenas, la beca otorgada por el Gobierno no era suficiente como para cubrir todos los gastos.

—No entiendo cómo lograste convencerme —refunfuñé al mismo tiempo que aplicaba más brillo dorado sobre la piel desnuda de mis brazos.

—Es una ocasión única y especial —Alexia ensanchó la sonrisa—, además, nos pagarán por servir copas a un par de chicos y luego emplearemos dicho dinero para...

—...Para pagar el último cuatrimestre de la universidad. Sí, lo has repetido unas doscientas veces en las últimas tres horas —puse los ojos en blanco.

Terminé de aplicar el maquillaje y acomodé la blazer sobre mis hombros. El vestuario variaba poco de hombres a mujeres. Básicamente, contaba con unos diminutos pantalones de tonalidades oscuras y una chaqueta azulada que dejaba a la vista un provocativo escote; eso sin tener en cuenta las plumas negras que rodeaban la trenza de espiga que Alexia había hecho en menos de quince minutos. Me repetí una y otra vez el importante motivo por el que me encontraba en esta situación y exhalé un suspiro.

¹ En español Casa de los Coches Ivanov.

Mis padres no podían permitirse el año completo de universidad desde que Patrick Miller —mi odioso hermano mayor—, se marchó a California para finalizar sus estudios. Desde ese entonces me había visto obligada a buscar pequeños trabajos temporales tanto en cafeterías como en librerías para compensar el excesivo precio de la matrícula. Cuando tuve la oportunidad para trabajar para el futuro dueño de las industrias Ivanov, llevé a cabo un pequeño trato con mi familia en relación con este trabajo. Obvié los detalles más relevantes, pues, si mi padre averiguaba dónde se había metido su hija, realmente sufriría un ataque al corazón.

El local estaba repleto de hombres. También de mujeres con ropa ligera. Svetlana no solo nos ofreció el trabajo, sino que nos encomendó una tarea de vital importancia: vigilar a su prometido y evitar que hiciera cosas de las cuales se lamentaría al amanecer.

—Chicas, es vuestro momento —anunció el coordinador.

Cargué varias copas de Martini en la bandeja y pasé a la gran estancia.

Distinguí al rubio de ojos caramelo al instante: Dimitri Ivanov encajaba con el prototipo de hombre que revolucionaba las hormonas de cualquier mujer. Todas ellas caían como mosquitos muertos a sus pies. Incluso yo lo hice, pero, afortunadamente, no a gran medida. Estuve colada por él durante todo el campamento de verano de hace dos años. Tras ese increíble mes no le volví a ver. Comencé la universidad, me centré en mis estudios y me olvidé completa y absolutamente de él...

...Hasta ahora.

Alexia me propinó un despistado pero fuerte empujón antes de situarse a mi derecha. Tuve que hacer malabares con la bandeja para no derramar las bebidas. Le fulminé con la mirada temporalmente antes de volver a cuadrar los hombros y mirar al frente.

—No está nada mal —Alexia alzó la voz a causa del elevado volumen de música.

—Si tú lo dices... —levanté el mentón—. Centrémonos en hacer esto bien y a las doce podremos regresar a casa. No veo la hora de que esto acabe. Nunca me han agradado estos ambientes.

—¿De verdad vas a seguir ese estúpido horario? ¡Vamos! Únicamente fue establecido para dar un buen ejemplo a la comunidad. ¡La fiesta no terminará hasta el amanecer!

—Me da igual. Haré lo que vea conveniente para mí.

Escuché cómo refunfuñaba antes de encaminarse hacia el primer grupo de invitados con bocas ansiosas de alcohol. Yo imité sus acciones. Aclaré mi garganta y compuse la mejor sonrisa mientras cambiaba el peso de la bandeja de una mano a otra. En cuestión de minutos me vi obligada a regresar al pequeño bar situado tras el escenario para rellenar las copas y, tras eso, volví a la pista de baile.

Distinguí la cabellera rubia de Alexia entablando conversación con uno de los amigos de Dimitri. No supe diferenciar con claridad de quién se trataba a causa de la gran cantidad de luces coloridas presentes en el lugar. Entre la música y los focos terminaría sorda y medio ciega.

—¿Copas? ¿Alguien quiere? —ofrecí, alzando más la bandeja.

—¿Catherine Miller? ¿Eres tú?

Me detuve y giré sobre los vertiginosos tacones para conocer el rostro de la persona que aclamaba mi nombre entre tanto barullo. Tuve que realizar nuevos equilibrios para no desparramar las bebidas al contemplar la cara que llevaba tanto tiempo sin ver.

—Has crecido dos palmos, por lo menos —Dimitri asintió y acarició su mentón—. Hace mucho que no nos vemos; me atrevería a decir más de dos años. Veo que la pubertad te ha sentado de maravilla.

—Vaya —humedecí mi labio inferior—. Gracias, supongo. Tu prometida me quiso ver aquí esta noche, así que ya sabes cuál es mi cometido.

—Por supuesto —estalló en carcajadas—, no te preocupes, soy un hombre comprometido tanto con la vida como con el amor. Sé dónde está mi límite, Catherine.

—Me alegro de escuchar eso.

Me escabullí con rapidez de la escena y deposité las bebidas sobre una de las mesas repletas de vasos vacíos. Entrecerré los ojos y bufé. Entre todos los presentes en el local tenía que ser yo quien se topaba con Dimitri. ¿Por qué el destino me odiaba de esta manera? Intenté recomponerme lo más rápido posible y retomé la sonrisa.

Las horas transcurrieron velozmente, al igual que las reservas de alcohol. No pude evitar beber en exceso tras terminar el horario de trabajo, y todo por culpa de mi querida Alexia, la cual había puesto toda su insistencia en que me encontraría mucho más adaptada al ambiente tras varias copas.

—¡Otro, otro, otro! —exclamó el coro de personas formado a mi alrededor.

Levanté el chupito de la barra de mármol y lo llevé hasta mis labios. El alcohol se deslizó por mi garganta, dejando a su paso una pesada sensación de ardor. Había bebido tantos que mis labios estaban adormecidos por completo. Exclamé una risotada y acompañé al resto de gritos al mismo tiempo que alzaba las manos en el aire.

—¡Caramba! ¡Menudo aguante! —Alexia palmeó mi hombro—. Te has bebido doce chupitos en menos de una hora, Cat. Creo que deberías parar de beber ya.

—Fu... fuiste tú qui... quien me... me animó —intenté pronunciar todas las letras de una sentada, sin embargo, me trababa en cada una de ellas—. ¡La noche es jo... joven!

—A este ritmo terminarás en el suelo, Catherine. Lo digo en serio. Alexia me aferró del brazo tras dichas palabras.

Me obligó a dejar el siguiente vaso en la barra y me impulsó a caminar tras ella. Debido al temblor que percibía en las piernas, la altura de los tacones y la visión borrosa, tardé más de quince minutos en atravesar el pasillo que habían formado los presentes.

Llegué a la parte trasera del local, donde nos habíamos preparado con anterioridad, y tomé asiento en una de las sillas vacías.

Mientras tanto seguí a Alexia con la mirada.

—¿CÓ... cómo es po... posible que yo es... esté bo... borracha pe... pero tú no? —la señalé, o eso pretendí.

Había más de dos Alexia(s) frente de mí. ¿Cómo distinguiría a la verdadera? Vi cómo los clones de mi amiga encogían los hombros.

—Cosas del destino —me acercó un vaso de agua y me obligó a beberlo a sorbos—. Llamaré a un taxi para que te lleve a nuestra residencia. Si regresas así a casa de tus padres, te encerrarán de por vida. Y eres demasiado joven para morir.

—¿Qué? —negué rápidamente—. No, ni... Ni hablar. Estoy perfectamente, ¿sabes?

—Eres incapaz de pronunciar una sola frase sin tartamudear —arqueó las cejas.

—Mentira.

Entrecerré los ojos y fingí que la fulminaba con la mirada. Raras veces me emborrachaba. De hecho, esta era la segunda vez en toda mi existencia. La primera vez sucedió en la fiesta del cumpleaños 18 de Alexia, es decir, hace apenas tres o cuatro meses. Me prometí no volver a probar ni una mísera gota de alcohol. Sin embargo, aquí nos encontrábamos ahora.

Cuando me calmé lo suficiente como para poder hablar sin tartamudear, Alexia optó por acompañarme hasta la salida trasera, pues me veía incapaz de hacerlo yo sola. Quizá mi vista estaba más aclarada, pero la resaca sería tremenda por la mañana. El aire gélido del exterior ayudó a suavizar los mareos y las ganas de vomitar lo poco que tenía en el estómago. Estábamos en febrero y el aire frío era lo suficientemente gélido como para asesinarte.

Vale, quizá he exagerado un poquito.

—En cuanto llegues a casa llámame, date una buena ducha y entra en la cama —me ordenó.

—Sí, *mamá* —le saqué la lengua.

Alzó una mano para llamar al primer taxi que circulase por la solitaria carretera y puse los ojos en blanco. Mi amistad con ella se asemejaba más a un parentesco de madre e hija en ocasiones como esta. Normalmente era yo quien iba a recogerla cuando estaba lo suficientemente borracha como para no saber ni dónde se encontraba. Reí ante uno de esos recuerdos y caminé hasta el taxi que recién acababa de detenerse en el bordillo.

Mi amiga me entregó el dinero justo para el viaje, pues no se fiaba de mi estado, y desapareció en el interior del local una vez más. Oficialmente el horario de trabajo ya había finalizado, no obstante, ella deseaba permanecer más tiempo en la fiesta.

Suspiré con cansancio y abrí la puerta.

—¡Espera, espera! —una voz familiar irrumpió en la escena—. Yo te llevaré a casa.

Una mano cálida y suave al tacto evitó que la mía terminara de aferrar el pomo de la puerta del taxi. Estudié el rostro motivado de Dimitri mientras me alejaba del vehículo. Extrajo un billete de su cartera y se lo entregó al conductor a pesar de que ninguno de nosotros iba a utilizar sus servicios. Nos agradeció aquella generosa propina y regresó a la carretera.

—Seguro que vas peor que yo —afirmé, cruzando los brazos.

—No lo creas —hizo un gesto con la cabeza, señalando al Mercedes rojo aparcado en el callejón—. Me siento bien. Yo no he roto el récord de chupitos esta noche.

Me sonrojé sin motivo aparente y me deslicé en el interior del coche. Me asombré de ver cómo relucía cada objeto del interior. Se percató de mi mirada medio atontada y esbozó una de sus sonrisas que quitaban el aire. No me molesté en ocultar el rubor de mis mejillas, no tenía ánimos para hacerlo.

Dimitri acarició el volante antes de introducir las llaves en el contacto, provocando que el motor rugiese, y salimos a la carretera.

—¿Qué haces aquí? —formulé, apoyando el codo en la ventanilla—. Es decir, se supone que deberías estar en tu fiesta, disfrutando de la locura, ya que es tu última noche como soltero.

—No es la última —centró la mirada en mí unos instantes—. La boda se celebra dentro de unos fines de semana, y voy a pasarme casi todas las noches celebrando despedidas de soltero. Tampoco tengo nada mejor que hacer ahora que mi padre asumirá mi cargo durante los próximos meses. Aunque no debería descuidar mi puesto en la universidad.

—¿En serio? —chisté—. ¿Por qué no inviertes ese dinero en algo más provechoso como, por ejemplo, una fundación benéfica? Con todo lo que gastas en estas lujosas fiestas...

Sacudió la cabeza y ensanchó esa encantadora sonrisa.

—¿Crees que no lo hago ya? —puso cara de ángel.

—¿Lo haces?

—Por supuesto, es decir, ¿acaso no lo esperabas?

Supe que mentía por la forma en la que me miraba, y no necesité estar sobria para comprobarlo. Observé las calles pasar a través de la ventanilla e intercepté el gran edificio de la universidad a una manzana de nuestra posición. Una vez frente a él, detuvo el coche en la entrada y apagó el motor.

—Dale las gracias a Svetlana de mi parte —anuncié, abriendo la puerta.

Me precipité al suelo tan pronto como puse un pie en la acera. Me había olvidado de quitarme esos estúpidos tacones de medio metro, sin añadir mi estropeada visión. Escuché las carcajadas provenientes del interior del coche y resoplé, cruzando las piernas.

Dimitri se bajó del coche y aparté la mirada, avergonzada del espectáculo que acababa de formar.

—Vamos, Cathy. Arriba —extendió las manos hacia mí.

—¿Cómo me has llamado?

Me negué a aceptar su ayuda.

—Me has oído perfectamente.

—Lo sé, pero la última vez que te dirigiste a mí de esa manera fue en el campamento, y el motivo era que no conocías mi nombre.

—Tienes buena memoria para estar borracha.

Mantuvo las manos agachadas hacia mi posición y esperó pacientemente a que mi actitud de niña malcriada desapareciera. Le aferré las manos y me impulsó hasta quedar a escasos centímetros de él. Las plumas negras de mi trenza quedaron pilladas en una de las chapas que adornaban la chaqueta, tirándome del pelo, y torcí mis labios en una mueca.

—Estúpido atuendo —farfullé—. ¿No has podido elegir algo menos explícito?

Intenté deshacerme del recogido con mis dedos temblorosos, pero me detuve a mitad del proceso. Y no porque yo quisiera hacerlo, sino porque Dimitri había apartado mis manos para quitar las plumas por él mismo.

Estudí su rostro durante los minutos que permanecimos así, en silencio, y dejé escapar todo el aire que retenía en mis pulmones. Gracias a esta cercanía pude estudiar sus facciones tan marcadas: la mandíbula cuadrada, los labios fruncidos debido a la concentración de deshacerse de las plumas, y esos ojos color avellana con motas oscuras que iban de un lado para otro. Cuando la última pluma cayó al suelo comenzó a desenredar la trenza. Los cabellos cobrizos cayeron sobre mis hombros y parpadeé repetidas veces, procurando mantener los ojos abiertos por más tiempo.

—Ha sido muy mala idea —me dijo, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo.

—¿El qué? —fruncí el ceño, incapaz de comprender la situación.

—Lo que vamos a hacer, Cathy.

Deslizó la yema de los dedos por mis mejillas, acunando mi rostro, antes de plasmar sus labios contra los míos. La sorpresa fue tal que mi cuerpo se inmovilizó. La calidez de sus labios provocó que abriera la boca para exhalar un suspiro de puro placer, aprovechando así

ese resquicio para introducir su lengua en el interior. Las alarmas comenzaron a dar la señal de advertencia en mi cabeza.

«Catherine, ¿qué demonios estás haciendo?», pensé.

Mi mente ordenaba una cosa mientras mi cuerpo anhelaba lo contrario.

Distanció nuestros rostros temporalmente, tomando una profunda bocanada de aire frío. Sus manos exploraron mi cuerpo y se detuvieron en mi trasero, agarrándolo sin pudor alguno. Lo pellizcó con fuerza al mismo tiempo que me alzaba para arrastrarme al interior de la residencia, sin darme oportunidad alguna para reprochar. Sus labios volvieron a buscar los míos con fogosidad mientras yo me entretenía desabotonando su camisa. Necesitaba sentir la calidez de su pecho contra mi cuerpo.

Misteriosamente encontré la llave de la habitación en el estrecho bolsillo de los pantalones, y abrí la puerta de la estancia que compartía con Alexia. Tampoco tuve tiempo para cerrar la puerta, pues los labios de Dimitri hallaron la piel de mi cuello en cuestión de segundos. Lo mordisqueó y dejó la marca de sus dientes hasta llegar a mi hombro. ¡Maldita sea! Sí que iba a lamentar esto por la mañana.

Lanzó la blazer al suelo y de un tirón arrancó mis pantalones. Fui capaz de apreciar su torso desnudo y tatuado mientras mi boca se hacía agua, al igual que mi entrepierna se humedecía. Mordí mi labio inferior antes de atacar su boca de nuevo. Mis últimas prendas —y las suyas—, terminaron de desprenderse cuando mi espalda desnuda chocó contra las finas sábanas de la cama. Dimitri pasó la punta de su lengua por mis pechos, jugando con ellos entre sus dientes mientras yo me retorció de placer. Debería de estar preocupada y sentirme mal. Debería.

Pero no lo hice.

Gemí cuando sus labios tocaron aquello que nadie más había hecho con anterioridad y aferré las sábanas con ambas manos cuando mi cuerpo se estremeció por sí solo. Nunca antes había

mantenido relaciones con otra persona, ni siquiera contaba con alguien a quien llamar pareja. El amor y yo no éramos buenos compañeros. Tras varios minutos de doloroso placer, se posicionó sobre mí y me obligó a mirarle a los ojos; alzando así mi mentón.

—No apartes la mirada de la mía, cálmate —apoyó los codos a ambos lados de mi cuerpo para evitar que soportara la carga del suyo—, te prometo que seré muy cuidadoso.

Mostró una pícara sonrisa y delineó la comisura de mis labios con su boca al mismo tiempo que se introducía en mi interior. Tensé la mandíbula y cerré los muslos en torno su cintura, buscando algo que arañar o morder con tal de no gritar. Dimitri me forzó a permanecer quieta durante los primeros minutos, cubriendo así mi cara de besos.

—Es momentáneo —susurró—. Relájate.

Cuando las intensas punzadas de dolor comenzaron a surgir, asentí con la cabeza. Movié sus caderas contra las mías, sustituyendo el tormento por una oleada de placer. Fundimos nuestros labios en otro profundo beso y le rodeé con los brazos, dejándome llevar por...

Tuve que abandonar el cuarto de baño antes de que mi mente terminara de revivir la escena. Acalorada y con las mejillas ardiendo al rojo vivo, volví a la habitación. Alexia siguió mis pasos como si se tratara de mi sombra y carraspeó de manera intencionada.

—Catherine, continúo aquí —puso las manos en sus caderas.

—¿Qué voy a hacer ahora, Alexia? —mis ojos se anegaron de lágrimas.

Se abalanzó a mis brazos mientras emitía pequeños gritos de alegría, o eso supuse. Procuró no agitarme demasiado, pues durante estos últimos días las náuseas habían sido inexistentes y no sabía durante cuánto tiempo estarían ausentes.

—Seré tía —sus ojos brillaron por la emoción.

—Déjate de tonterías, por favor —supliqué, apoyando las manos en sus hombros—. Necesito tu ayuda. ¿Cómo terminaré el curso?

¿Qué le diré a mis padres? Peor aún, ¿qué demonios voy a decirle al padre del bebé?

—Un momento —hizo una pausa—, ¿de quién se trata?

Mi corazón dio un vuelco y mordisqueé mi labio inferior antes de decir:

Dimitri.

SEMANA 2

Catherine

Froté mi rostro con ambas manos mientras rodaba en la cama.

El mismo tema regresó a mi cabeza tan pronto como me espabilé: si iba a continuar con este embarazo no quería hacerlo sola, o, al menos, no sin la compañía del otro responsable. ¿Sería capaz de mirarle a los ojos cuando lo tuviera frente a mí? Me levanté y, tras tomar una ducha, cambié el pijama por una ropa un tanto holgada. Era una completa estupidez preocuparme por temas como este a tan temprana altura, sin embargo, esa manía ya se había deslizado en mi mente y no iba a desaparecer sin más.

Comprobé la hora por última vez y abandoné la residencia.

Las clases no comenzaban hasta pasados tres días, y la boda de Dimitri se celebraba dentro de dos fines de semana. Hoy era viernes. Sabía que esto arruinaría por completo sus planes y su final de cuento de hadas, y de veras, no deseaba contarle. No obstante, me veía obligada a hacerlo.

Le dejé una nota a Alexia para que cuando despertara no se preocupase por mi ausencia y subí la cremallera de la chaqueta de cuero hasta arriba. Introduje las manos en los bolsillos para protegerme del frío y agaché el rostro. Afortunadamente, nadie nos había visto entrar en la residencia ese lunes de madrugada, tras la fiesta, así que el secreto permanecía, por el momento, entre Alexia y yo.

Dimitri Ivanov impartía clases de finanzas y economía en la facultad, así que no tendría problemas para dar con él. Además de empresario, mujeriego y millonario, él empleaba parte de su tiempo

en enseñar. ¿Cómo podía calificar aquello sin incluir adjetivos negativos? Me aproximé al mostrador donde se encontraba la conserje y apoyé los brazos en este.

—Buenos días, Catherine —la señora Bernard mostró una encantadora sonrisa—. ¿Qué le trae por aquí? Rara vez la veo pasar por esta zona.

—Estoy buscando al profesor Ivanov. ¿Se encuentra aquí?

—Sí, en el aula 305. ¿Ocurre algo?

Me encogí de hombros.

—No, tan solo olvidé entregarle el regalo para su boda. Ya sabe, no puedo evitar adelantarme a los acontecimientos —una risotada histérica escapó de mi garganta y me adentré en el pasillo.

La señora Bernard me estudió de arriba abajo antes de meter la cabeza en el papeleo. Subí las escaleras de dos en dos hasta llegar a la tercera planta y busqué la clase correspondiente. A través del pequeño ventanal que adornaba la puerta de madera pude verle: sentado sobre una esquina del escritorio, con corbata y chaqueta, explicaba lo que parecía ser unos gráficos. No supe si era más irresistible con o sin ropa.

Intenté alejar ese tipo de pensamientos. Ya me sentía lo suficientemente arrepentida como para añadirle más cargos a la lista.

—¿Profesor? —pregunté tras golpear la puerta varias veces—. ¿Puede salir un momento, por favor?

Dimitri depositó los folios sobre el escritorio y buscó mi mirada. Vi cómo su rostro se crispaba el tiempo suficiente para saber que no se esperaba mi visita; al menos, no tras lo ocurrido. Los alumnos intercambiaron una confusa mirada y Dimitri se excusó para poder salir.

Evitó rozarme cuando pasó por mi lado y cerró la puerta.

—¿Qué haces aquí? —murmuró con voz alterada.

—¿Creías que iba a volatilizarme en el aire?

No logré distinguir si estaba tan asustado por reencontrarse con una de sus falsas amantes —yo no me consideraba así de todas formas—, o porque estaba arrepentido por engañar a su prometida.

—No. Lo cierto es que yo también deseaba hablar contigo sobre... Ya sabes. Dios, ni siquiera soy capaz de pronunciarlo en voz alta. No te puedes imaginar lo mal que me siento —dijo.

Aquello me sentó como una patada en el estómago.

—No te preocupes por Svetlana, no pienso contarle ni una maldita palabra —añadió—. Esto será un secreto entre nosotros, ¿de acuerdo? Joder, de verdad que lo siento. Estaba muy borracho, no me molesté en pensar dos veces antes de abalanzarme...

—Vaya, esto no está siendo para nada incómodo —ironicé.

—Catherine, por favor, tienes que perdonarme, pero no soy capaz de estar aquí por más tiempo. Lo siento. Sé que es egoísta de mi parte pedirte que no te presentes en la boda, y también resultaría extraño para Svetlana, sin embargo, es lo que siento que debo hacer.

Quise protestar, no obstante, mantuve la boca cerrada y asentí una sola vez. Dimitri parecía sufrir por dentro pues sus ojos brillaron y no fue por emoción o alivio al quitarse ese peso de encima. Fruncí el ceño, creyendo que en cualquier momento se echaría a llorar como un niño. Entonces giró sobre sus talones y regresó al interior del aula, cerrando la puerta con un sonoro estruendo.

Me dejó ahí, estupefacta, incapaz de creer lo que acababa de suceder.

—Ha sido muy amable de tu parte conocer tu opinión —murmuré en la soledad del pasillo.

Abandoné el edificio con rapidez y me estremecí cuando una suave brisa de aire me removió el cabello. Jugué con mi labio inferior con inquietud en un vano intento de aguantar el llano y me senté en uno de los bancos libres.

—Estamos solos, pequeño —dije mientras apoyaba una mano en mi estómago.

Crucé las piernas y estudié los alrededores. La gente iba y venía de un lado a otro, pues no todas las facultades tenían los mismos días de vacaciones. Yo estudiaba Historia, y disponía de una semana y media de descanso por motivos de fiesta regional.

Intercepté a Alexia en la distancia. Hablaba por teléfono mientras reía como una posesa. Cuando miró en mi dirección, alcé la mano y la sacudí en el aire. Precisaba de su ayuda después del baldo de decepción que había caído sobre mis hombros. No era una chica a la que le agradaba llorar; en raras ocasiones lo hacía. Sin embargo, en estos momentos...

Alexia guardó el teléfono en su bolso de mano y se dejó caer a mi lado.

—¿Qué tal te ha ido con Mr. Cañón? —movió las cejas.

—¿De verdad quieres saberlo? —aparté la mirada.

—Sí.

—No le he dicho nada porque no ha querido escucharme.

Escuché como suspiraba pesadamente y depositó el bolso en su regazo.

—¿Lo dices en serio? —apoyó una mano en mi antebrazo—. Lo siento.

Encogí los hombros, restándole importancia.

—No tienes nada que sentir. Tras los nueve meses de embarazo, y si no tengo más opciones, daré el bebé en adopción —me dolió en el alma pronunciar esas palabras—. No puedo hacerlo sola.

—¡Ni loca permitiré que cometas semejante barbaridad! —bramó—. Te dije que contabas conmigo, ¿y qué hay de tu familia, eh? Trabajaré horas extras si es necesario, pero no perderás a ese bebé. ¿Me estás escuchando?

—Estoy tan agobiada —sollocé.

Me rodeó con sus brazos y me permitió llorar durante el tiempo necesario. Sabía que Alexia tenía clases y que, probablemente, llegaría tarde, pero no me vi capaz de liberarla de mi abrazo.

Enjuagué las lágrimas con la manga de mi chaqueta al cabo de unos minutos y enderecé la espalda.

Alexia me entregó un pañuelo y miré al cielo, cerrando los ojos.

—Ahí está —murmuró, dando pequeños golpecitos en mi hombro—. El cobarde acaba de salir de la facultad.

—Me marcho —me levanté apresuradamente—, tengo cosas que hacer.

—No puedes huir de aquí en adelante, Catherine. En algún momento tendrás que confesar la verdad aunque él se niegue a escucharla.

—Hablamos luego. —Sentencié.

Crucé los brazos sobre mi pecho y caminé con zancadas largas y amplias hacia la estación de metro. Pagué mi billete y tomé asiento en el primer hueco libre que encontré. Mis padres vivían en la otra punta de Manhattan, y hacía más de dos semanas que no hablaba con ellos.

Quería comunicarles que iban a ser abuelos.

La palabra sonó igual o incluso más rara como si la hubiera pronunciado en voz alta. Recogí mi pelo en una coleta de caballo y bajé del metro. En esta parte de la ciudad, el cielo había comenzado a encapotarse de nubarrones, lo cual significaba que tarde o temprano comenzaría a diluviar, o a nevar. Recé para que no fuera ni lo uno ni lo otro, pues tenía que regresar a la facultad del mismo modo en el que había llegado hasta aquí. Suspiré y me adentré en las ajetreadas calles que rodeaban Central Park.

Transcurridos unos quince minutos divisé la encantadora casa en la cual pasé mi infancia y parte de mi adolescencia, y sonreí interiormente. No pude evitar pensar que dentro de unos meses podría traer a la criatura que llevaba dentro a este mismo lugar.

¿Realmente estaba sucediendo esto?

—¿Mamá? ¿Papá? —dije nada más entrar.

Escuché las voces provenientes de la cocina y, acto seguido, mi madre hizo su gran aparición con los brazos abiertos. Mis ojos

volvieron a anegarse de lágrimas y tuve que realizar un tremendo esfuerzo para contenerlas. Le devolví el abrazo torpemente y esboqué una tímida sonrisa ante la cálida y grata bienvenida.

Mi madre se llama Sylvia y tiene 49, al igual que mi padre, Dan. Los dos se conocieron hace casi treinta años durante un viaje de estudios en Rusia, y desde ese entonces no pudieron dejar de pensar el uno sobre el otro. Una auténtica historia de amor. Como ya he mencionado, no soy hija única. Patrick tiene casi 27 años y estudió en la misma promoción que Dimitri. De hecho, fueron grandes amigos durante la infancia pero todo se arruinó tras la marcha de mi hermano a California y los compromisos de Dimitri hacia la empresa de su padre.

—Vaya, deberías visitarnos más a menudo —mi padre dobló el periódico sobre la mesa y prestó toda su atención en mí—. Te independizas en la residencia y te olvidas de nosotros.

—Papá, tengo 17 años, ¿de verdad creías que me marcharía sin oponer resistencia?

—¿Qué te trae por aquí? —mi madre intervino—. No me digas que ya te has gastado la paga mensual, porque te dejé bien claro...

—¡No, nada de eso! —sacudí la cabeza—. Tengo que hablar con vosotros. Es un asunto de extrema importancia.

Intercambiaron una mirada y tomaron asiento en los sillones del salón.

La próxima escena se asemejó con la de una película que vi unos meses atrás. La única diferencia era que esto estaba sucediendo realmente y no frente a una cámara. Tampoco contaba con un guion que seguir. Mi corazón comenzó a golpear con fuerza mi pecho y tuve que aferrar el bordillo de mi camiseta para controlar los nervios. Mis manos temblaron a causa del pánico y me vi obligada a sentarme frente a ellos, en una silla.

—¿Ocurre algo? —mi madre clavó su mirada en mí.

—Sí —humedecí mi labio inferior—. No quiero alargar más la espera, así que iré directa al grano.

Tomé una profunda bocanada de aire y dije:

—Papá, mamá, estoy embarazada.

Entrelacé las manos sobre mi regazo y cerré los ojos. Me esperaba oír gritos, golpes e incluso insultos procedentes por parte de ambos, sin embargo, ocurrió lo que jamás habría llegado a imaginar: los dos estallaron en carcajadas. Abrí los párpados de nuevo y les miré, incrédula.

—¿De verdad piensas que nos lo íbamos a creer? —mi padre limpió las lágrimas de sus mejillas—. Sabemos lo de las novatadas, las típicas bromas que se realizan al comenzar el cuatrimestre. No ha colado, cariño.

—Sois impresionantes —chisté—, jamás bromearía con algo así. ¡Joder! Lo digo en serio. He pasado una semana horrible debatiéndome sobre lo que debo hacer y lo que no y ahora que he decidido confesarlo os reís de mí. ¡No necesito esto!

Una lágrima resbaló por mi mejilla y la sequé con rapidez.

La faceta gélida y seria que adoptaron mis padres se convertiría, con toda seguridad, en una imagen que jamás se borraría de mi cabeza. La decepción, la tristeza y el miedo hacia lo desconocido se hizo palpable en el ambiente.

—¿Cómo ha sucedido? —la voz autoritaria de mi madre me erizó la piel—, quiero decir, ¿en qué estabas pensando en ese momento, Catherine Marie Miller?

—Asumo la culpabilidad de los hechos, mamá, y te juro que esa noche no estaba en mis cabales. Era la fiesta de despedida de soltero de Dimitri y una cosa llevó a la otra a causa del alcohol y...

—¡Por el amor de Dios! —mi padre golpeó con el puño cerrado la mesita de café—. ¿Dónde puedo encontrar a ese bastardo? ¡Pienso rebanarle en pedazos!

—No, por favor, dejadme hablar —supliqué—. Supe de mi embarazo hace casi dos semanas. De hecho, así de avanzada va la gestación. Y estoy muy asustada. He intentado hablar con el padre del bebé, pero él no quiere saber nada.

—¡Y encima el muy hijo de puta, además de embarazarte, te abandona!

Jamás había visto a mi padre tan molesto y enfadado como en este preciso instante. Su cara pasó de roja a color azul en cuestión de minutos, y mi padre tuvo que aferrarlo por los hombros para calmarle. Escondí el rostro entre las manos y las retiré al cabo de unos segundos.

—Él no sabe acerca de mi estado. Intenté hablar con él esta misma mañana, pero se sentía tan mal sobre lo que hicimos que se retiró —no sabía por qué le estaba defendiendo, pero aun así lo hice.

—¿Cómo has dicho que se llama? —mi madre apretó el puente de su nariz.

—Dimitri... Es... Es el prometido de Svetlana —torcí mis labios en una mueca.

La expresión horrorizada de mi madre no precisó de explicaciones. No podía estar más abochornada.

—¿Ella lo sabe? —volvió a mirarme al cabo de unos segundos.

—No, solo Alexia y vosotros dos. No pienso abandonar los estudios si eso es lo que más os preocupa. Y trabajaré donde sea para conseguir el dinero. Yo estoy arrepentida de que...

—Suficiente, Catherine. —Abandonó su posición y me levanté al mismo tiempo. No estaba preparada para escuchar lo siguiente—: Creí que tanto tu padre como yo te habíamos enseñado lo que hacer en estos casos y no quiero que te sientas de esta manera. Estarás castigada para el resto de tu vida, y sí, continuarás con tus estudios y te prohibiremos cualquier tipo de salida.

Asentí repetidas veces. Una parte de mí aceptaba el castigo, me lo merecía, pero la otra se negaba a creer que solo yo cargaría con las consecuencias. No era justo.

—Pero no quiero que pienses que no tienes nuestro apoyo —añadió finalmente.

La abracé tan fuerte como pude. Apoyé la barbilla en su hombro y mi padre palmeó mi cabeza suavemente, con resignación. El

nudo formado en mi pecho comenzó a deshacerse, pero fue momentáneamente. Continuaba teniendo la complicada tarea de hablar con Dimitri antes de que el embarazo avanzara más.

El resto del día continuó con normalidad. Permanecí en casa para comer, aunque no tenía nada de apetito. Los mareos aún no habían comenzado, ni siquiera las náuseas. Me encontraba bien. Sabía que sería un hecho temporal pues mi cuerpo tendría que prepararse tarde o temprano para el crecimiento de esa nueva vida. Me despedí de mis padres y corrí bajo la lluvia hacia la estación de trenes.

La universidad estaba vacía cuando llegué, ya que la mayoría de los alumnos estaban cenando o en sus respectivas residencias. Con el cabello empapado, al igual que el resto de la ropa, conseguí llegar a mi dormitorio. Cerré la puerta con un pequeño empujón y comprobé si Alexia se encontraba en su cama, o en la ducha. Nada. Estaba sola.

—Año Nuevo, vida nueva. Yo lo he tomado de manera literal —susurré para mi vientre, como si el bebé fuese capaz de comprenderme.

Tomé el móvil y escribí un mensaje para Alexia:

«He hablado con mis padres, ya están informados de la situación. Cuento con vosotros tres. Gracias por todo, ¿tardarás mucho en llegar? No me apetece estar sola. Películas, palomitas, noche de chicas. ¿Qué te parece? Te esperaré en el dormitorio».

Pulsé en enviar y me recosté en la cama, sumiéndome en un estado de tristeza y agonía que me acompañaría durante el resto de esta larga etapa.



SEMANA 3

Catherine

¡Mierda! Llegaba tarde, muy tarde.

Recogí la carpeta del escritorio y me calcé mis zapatillas favoritas antes de abandonar la habitación. Era lunes por la mañana y hoy tenía que regresar a las clases. No obstante, y debido al embarazo y por trasnochar con Alexia día tras día, había dormido más de la cuenta.

—Por fin ha decidido aparecer, señorita Miller —el profesor me dijo una vez que pasé al interior del aula—. ¿No le parece suficientemente motivadora mi clase?

—Lo siento, anoche dormí mal —mentí en parte—. No volverá a pasar.

Continuemos con la lectura de la página 230.

El vómito había comenzado hace cuatro días. Alexia era como mi niñera: me traía comida en los momentos más inesperados y evitaba que vomitara en cualquier rincón de la habitación. Jugué con un mechón de mi pelo y suspiré. No había visto a Dimitri desde aquella mañana en la Facultad de Economía, y la próxima semana era la celebración de la gran boda. Tenía los días contados para confesarle mi estado.

La clase transcurrió más rápida de lo esperado, así que me deslicé entre el gran tumulto de gente y abandoné el aula. Mi horario era holgado ese día, por lo que únicamente tuve que guardar las cosas en mi taquilla antes de poder marcharme a la siguiente hora. Tenía hambre, pero sabía que si comía algo terminaría echándolo horas más tarde.

Al final terminé sacando de la máquina expendedora una chocolatina con trozos de almendra y la devoré en cuestión de minutos. Relamí las comisuras de mis labios antes de tirar el envoltorio a la basura y entré a la siguiente clase, es decir, Arqueología.

¿Dónde estás? Me aburro mortalmente. El mensaje de Alexia iluminó la pantalla de mi móvil. Lo escondí en el interior de mi bolso, situado sobre la mesa, y le respondí como pude. Ella tenía horario de mañanas y ya había regresado a la residencia. Yo debía permanecer en clase dos horas más antes de poder reunirme con ella.

Mi móvil murió en la hora siguiente. Resoplé una y otra vez cuando el mareo aumentó. Me aferré con fuerza a la esquina de la mesa, sin ser capaz de aguantar el contenido. Recogí mis pertenencias, y haciendo caso omiso a la expresión del profesor, abandoné el aula. Fijé la mirada en el suelo y no me di cuenta contra quién impactó mi hombro mientras caminaba hacia los baños de mujeres. Conseguí llegar tras un costoso recorrido y me encerré en uno de los aseos vacíos.

Me arrodillé frente a él y eché lo poco que llevaba en el estómago.

—Deja descansar a tu madre, por favor —susurré para mi vientre—, o terminarás destrozándome.

Estiré de la cadena y salí al exterior.

Ahogué un grito y tropecé con mis propios pies cuando vi quien estaba frente a mí. Tuve que aferrarme a la puerta del baño contiguo para no terminar tendida sobre el suelo húmedo.

—¿Te encuentras bien? —Dimitri tensó la mandíbula—. Casi me atropellas en el pasillo.

Sí, estoy perfectamente. Gracias por mostrar preocupación hacia mi persona.

Le empujé y abrí el grifo. Refresqué mi cara y cuello con agua helada y apoyé las palmas de las manos en el frío mármol. En estos instantes tenía una gran oportunidad para contarle todo, sin

embargo, mi idea de confesarle mi embarazo no sucedía en un cuarto de baño de universidad.

Me sentía tan mareada que tuve que apoyar el trasero contra el mármol que conformaba la encimera.

—¿Podrías dejarme sola, por favor? Estás en el baño de mujeres —exigí.

—Estás cabreada, lo entiendo —frotó su barbilla—. Venía a disculparme por mi estúpido comportamiento, pero veo que has decidido adoptar la misma actitud que yo.

—¿Pensabas que estaría llorando en mi habitación porque un tío me desvirgó y luego intentó hacer como si no existiera? Mmm, creo que te equivocas de lugar, chico.

—Tu invitación a la boda sigue en pie. No hablaba en serio —prosiguió a pesar de mi tono hosco e irónico—. Y lo siento, de verdad. Me comporté como un gilipollas.

—Disculpas insuficientes aceptadas. ¿Podrías marcharte ahora?

Me sostuvo la mirada durante unos instantes. Estaba ciento por ciento segura que, en este preciso momento, estaba estudiando mis facciones cansadas. Las ojeras habían crecido como manchas moradas bajo mis párpados, al igual que mi piel empalidecía con cada mareo que sacudía mi cuerpo. Me encontraba demasiado débil como para comenzar una nueva discusión. Lo único que precisaba era de una cama blanda y algo frío para aliviar las náuseas.

Olvidándome de mis propios problemas temporalmente, decidí estudiar su rostro. Él también se mostraba cansado. ¿Por qué? Tenía una vida perfecta: un padre que le brindaba todo aquello que él deseaba, fiestas por doquier, una futura esposa que le complacería en todos los sentidos y tanto dinero que podría construir un palacio hecho de billetes.

Aun así, a pesar de todos los pensamientos negativos que cruzaban por mi mente, mi corazón volvía a revolucionarse ante su presencia. Recordaba la calidez de sus manos acariciando cada curva de mi cuerpo, sus labios besando los míos como si no hubiera

un mañana. Tensé la mandíbula y cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro mientras esperaba a que abandonara el cuarto de baño de una maldita vez. Recordar la escena de sexo descontrolado era una tortura suficiente; no necesitaba añadir más recuerdos para aumentar la pena.

Al fin y al cabo, me había acostado con el prometido de mi mejor amiga.

—Deberías ir a un médico —dijo al fin—. Lo digo en serio, tienes un aspecto horrible. ¿Te ha pasado algo? Solo intento ser amable, si te molesto me marcharé en este mismo instante.

¿Por qué hacía esto? ¿Quería volverme loca?

Moví el cuello hacia ambos lados cuando una nueva sacudida de náuseas me inundó y no tuve más remedio que adoptar una pose fría y arisca. Necesitaba librarme de él aunque no fuera lo que más deseaba. Quería, más bien necesitaba, confesárselo en este mismo instante; compartir la pesada carga que tendría que soportar. Pero al ver el arrepentimiento en su mirada, me acobardé.

—Es un simple resfriado —me encogí de hombros—. Y sí, por favor, vete.

Asintió levemente y salió con la misma rapidez con la que había entrado. La impotencia llegó a mí tras unos minutos y mordí mis labios para no echarme a llorar como una niña de diez años. Tenía que asumir la responsabilidad y la culpa de los hechos. Le confesaría mi estado. Lo haría.

Claro... Tarde o temprano tendría que hacerlo.

Intenté convencerme de esa idea antes de salir del cuarto de baño. Cargué con mi mochila y todos los libros en mis brazos mientras regresaba a mi habitación. Esperaba encontrar a Alexia tirada sobre la cama, con la música a todo volumen y cantando como una posea. Sin embargo, la estancia estaba vacía. Tiré mis cosas en una de las esquinas y, mientras iba ordenando el pijama que dejé tirado esa misma mañana, me percaté de lo que había sobre mi escritorio.

Fruncí el ceño, pues, ¿cómo habían llegado esas dos tarjetas hasta aquí? Únicamente Alexia y yo teníamos las llaves para entrar al dormitorio. Me apresuré a abrir aquella que tenía escrito mi nombre con una letra inmaculada y leí su contenido:

Querida Catherine.

Con motivo de la celebración de mi compromiso, te invito a mi fiesta de despedida de soltera. Serás una de las invitadas de honor, por supuesto. ¡Tan solo mira la carta que te he hecho! Si Alexia no llega a leer la suya, comunícale esto de mi parte. Os espero el próximo lunes en casa. Por favor, no utilices la universidad como excusa. Ambas sabemos que no asistir a unas clases no supone una gran pérdida. Te espero allí a las ocho y media de la tarde. ¡No llegues tarde!

Con mucho amor,
Svetlana.

Sacudí la cabeza al mismo tiempo que deslizaba la carta al interior del sobre. Tomé asiento en la silla de escritorio y moví las uñas sobre la madera de roble mientras me detenía a pensar en una buena excusa. ¿Qué podría decirle a Svetlana para no asistir? Con toda seguridad, nos invitaría a tomar un baño en su futura e increíble piscina, ya que ella residía en una de las mansiones de los Ivanov. Entonces, caí en la cuenta de que, a pesar de ser una fiesta para chicas, Dimitri podría encontrarse en la casa esa misma noche. Él no era estúpido. Me había visto vomitar, estar medio desmayada por los pasillos, y todo después de nuestro encuentro.

Caería en la cuenta de lo sucedido e iría en mi búsqueda.

Me estremecí ante esa expectativa y me apresuré a enviarle un mensaje de texto tanto a Alexia como a Svetlana, anunciándole a la primera sobre la fiesta, y confirmándole a la segunda mi asistencia. Si mis cálculos no eran erróneos, me encontraba en la tercera

semana de embarazo; prácticamente en el primer mes. A pesar de mi complexión delgada, todavía no había rastro del embarazo.

Podría llevar un bikini y nadie se percataría de la diferencia. La cabeza rubia de Alexia apareció por la habitación al cabo de unas horas. Llevaba con ella una bolsa cargada de comida recién hecha. Me negué amablemente a probar un bocado, y no me pidió explicación alguna.

—Entonces, ¿iremos a la condenada fiesta? —preguntó con la boca llena de comida.

—Por supuesto, ¿qué otra opción tenemos? —bufé desde la cama—, si no voy, sospechará algo. Dimitri sospechará. No puedo arriesgarme a que Svetlana descubra la verdad por culpa mía.

—Un momento, ¿estás asustada de contárselo a Dimitri o de que Svetlana descubra la verdad?

«Ambas», quise responder. Sin embargo, me encogí de hombros como si no supiera a quién le tenía más miedo: si a la ira de mi amiga al descubrir lo que hice, o un posible rechazo de Dimitri. A fin de cuentas, él podía irse de la ciudad cuando le placiese. Podría abandonarme si así lo deseaba. Cubrí mi cabeza con la manta, ocultándome tanto de los problemas como de la realidad, y sin ni siquiera percatarme de lo siguiente, me quedé dormida.



Cuando desperté, el sol se estaba escondiendo en el horizonte.

Me desperecé en la cama, alzando las manos mientras apartaba las sábanas que habían quedado pegadas a mi cuerpo por el sudor. Me senté en el extremo final de la cama y miré a los alrededores. Todavía se filtraba un poco de luz a través de las rendijas de la ventana, y la cama de Alexia —situada frente a la mía— estaba hecha. ¿Dónde andaba esta mujer?

Como el sueño estaba completamente extinguido, y tampoco sentía más náuseas, aproveché esas valiosas horas para estudiar y adelantar tareas de la universidad. Acababa de comenzar, cierto,

pero no podía perder el tiempo como hice en el primer cuatrimestre. Tuve las mejores notas, sí, pero quería mantenerme en la línea. Extendí una mano para aferrar el bolígrafo, y fue cuando me percaté de que las cartas ya no estaban.

Alexia debía de haberlas cogido.

Recordé el día en el que conocí a Svetlana. Ella era cinco años mayor que yo y Alexia. Cuando hicimos nuestra primera visita a la universidad, Svetlana nos recibió como guía para presentarnos nuestras respectivas aulas, asignaturas y profesores. Con tan solo 23 años —su edad actual— decidió comprometerse con Dimitri, a pesar de las insistencias de su hermano mayor, Jeremy. Personalmente no le conocía, ni tenía interés por hacerlo.

Los rumores que circulaban sobre él no eran bonitos. Suspiré pesadamente y regresé a los estudios. Tenía que prepararme física y mentalmente para lo que sucedería en apenas unos días: otra fiesta de despedida en la que ningún desastre estaba permitido.



SEMANA 4

Catherine

La música podía escucharse desde dos manzanas de distancia. Afortunadamente, la casa se encontraba lo suficientemente alejada de los barrios como para que fuese un impedimento. Nadie llamaría a la policía porque la música no molestaría a ningún vecino. Svetlana había planeado una velada diferente a la que tenía en mente: una fiesta de pijamas. Creía que, debido a la importancia de la boda, celebrarían algo semejante a lo de Dimitri. Sin embargo, me alegré de que el alcohol no fuera el tema principal, ni tampoco los bailes.

Como era de esperar, Svetlana nos informó de que deberíamos llevar ropa variada de recambio: el bikini, un pijama y algo en caso de que decidiéramos salir a algún lado. No seríamos muchos invitados, unos treinta, más o menos. Teniendo en cuenta su nueva posición social, ese número era bastante reducido. Suspiré, bajándome del coche de Alexia y cerré la puerta con un suave empujón.

—Mis padres no querían prestarme el coche —dijo mientras bajaba del vehículo—, creen que necesito más experiencia para poder conducirlo. ¡Venga ya! Me saqué el carnet tan pronto como cumplí los 18 años, no conduzco tan mal, ¿cierto?

Puse los ojos en blanco mientras sacudía la cabeza. No pensaba responderle pues sabía que contraatacaría con alguna de sus típicas bromas. Al principio yo me negué a subirme en un coche conducido por Alexia, pero tras comprobar que no era una loca al volante, tomé confianza.

Cargué con la mochila azulada a mis espaldas y subí las escaleras de mármol de dos en dos, deseando llegar al interior tan pronto

como fuera posible. ¿El motivo? Tenía la necesidad de comprobar si Dimitri se encontraba allí. No pude distinguir su Volvo entre todos los coches presentes; había demasiados. Golpeamos la puerta, a la espera de que alguien nos recibiera, y una Svetlana con un bikini negro nos recibió, sonriente.

—Bienvenidas, chicas —nos rodeó con un brazo a cada una y nos estrechó contra su delgada figura.

—¿De verdad creías que nos perderíamos esta fiesta? —Alexia me golpeó con el codo y arqueó ambas cejas—. Por nada en el mundo te dejaríamos tirada en las altas esferas de la sociedad. Catherine y yo también tenemos que aumentar nuestro rango —pasó los dedos por su cabello rubio.

Quise echarme a reír; de verdad que lo intenté.

Pero lo único que salió de mis labios fue un sonido que se asemejó más a unas uñas sobre una pizarra. Los nervios me habían dominado tan pronto como vi el rostro de Svetlana. ¿Por qué había aceptado venir? Maldita sea. Nos invitó a pasar al interior y nos condujo a la segunda planta, donde había preparado diversas habitaciones para la velada. Depositó la mochila sobre una de las camas vacías y se marchó para darnos privacidad. Teníamos que cambiarnos de ropa.

A pesar de las gélidas temperaturas en el exterior, la piscina se encontraba cubierta por paneles de cristales, conservando así el calor en su interior. No solo ocupaba el espacio de la piscina, sino también parte del jardín y las mesas. Me imaginé viviendo en un lugar como este, y me caí de mi sueño tan pronto como regresé a la realidad.

Usé el cuarto de baño primero. Había consultado diversos blogs sobre embarazo antes de digerir alguna pastilla para calmar las náuseas. De esa forma me aseguraría evitar los vómitos, pero no los mareos. Pediría cita en la clínica tan pronto como pudiera. Consultar el estado del feto, y de mi cuerpo en sí, ayudaría a calmar mis alocados pensamientos. Me puse el bikini y cargué con la ropa a la estancia donde Alexia ya se había preparado.

—Caray, menuda rapidez —musité, deteniéndome frente al gran espejo.

No pude evitar fijarme en mi vientre. Lo hice de manera instintiva. Presioné las palmas de mis manos sobre mi plana barriga y giré en varias direcciones para comprobar si había alguna elevación. Nada. Mi cuerpo ni aún había comenzado con las transformaciones del embarazo.

—No te obsesiones —observé a Alexia a través del espejo—. Todo estará bien.

—No, no lo está —me dejé caer en la cama—. Alexia, no sabes cuánto me está costando guardar el secreto. No sé durante cuánto tiempo podré mantenerlo, no a Svetlana. Ella ha hecho tantas cosas por nosotras, por mí. Y yo... ¿cómo pude hacerle esto? Va a casarse con el padre del bebé. No puedo arruinarle la boda de tal forma.

—¿Sabes? —extraí un chicle mentolado de su bolso y lo eché a su boca, masticándolo antes de señalarme con un dedo—. Me da igual lo culpable que te sientas. Yo no te veo de esa manera. Dimitri y Svetlana se conocieron en el campamento, al igual que tú y él. ¿No te das cuenta? Vuestra historia comenzó hace mucho tiempo, pero por culpa de tu testarudo carácter...

—Sí, lo sé, gracias por recordármelo —bufé—, pero, ¿qué querías que hiciese, eh? Apenas tenía 15 años. ¡Y él es claramente mucho mayor que yo! Además, me irritaba tanto su forma de ser...

Alexia esbozó una sonrisa descarada y comprobó que no había nadie por el pasillo antes de abrir la puerta. Se hacía tarde; todos deberían estar esperándonos abajo, en la piscina. Svetlana podría subir en cualquier momento y pillarnos en esta conversación.

—Podrás decir lo que quieras, Catherine, pero Dimitri se interesó por ti y no fue únicamente por la atracción sexual —suspiró con cansancio, como si el mero hecho de hablar del tema ya fuera algo sumamente agotador—. ¿Quién sabe? El destino ha barajado las cartas y mira en qué situación te ha puesto. Quizá deberías prestarle más atención en esta ocasión.

Exhalé un profundo suspiro.

—¿Dónde demonios estamos? —grité en el oído de mi amiga al mismo tiempo que recorría el lugar con la mirada.

Esto no era lo que esperaba.

Svetlana había mentido de una manera bastante descarada.

Más de doscientas personas se aglutinaban tanto en el interior de la piscina como en el césped. Los vasos rojizos apestaban a alcohol en la distancia, y la música hacía que los cristales de la mansión vibraran. Creímos en un principio que sería una fiesta de chicas. ¡Qué equivocadas que estábamos! Varios camareros con el torso desnudo y sudoroso se pasearon frente a nosotras con bandejas cargadas de copas.

El *déjà vu* me transportó a la fiesta de Dimitri, y parpadeé repetidas veces con el fin de no perderme en mis propios recuerdos. Alexia enlazó su brazo con el mío y me arrastró al tumulto de personas, dispuesta a hacerme pasar un buen rato.

Buscamos a Svetlana con la mirada. O, al menos, eso hicimos en un principio. Queríamos preguntarle cómo demonios dormiríamos tantas personas en apenas diez habitaciones de dos camas. No había espacio suficiente. Además, ¿qué pensaría el dueño de la mansión cuando viera semejante barbaridad? Mi odio hacia las fiestas solo aumentó, pero tuve que mantener la boca callada e intenté adaptarme al ambiente.

—No, gracias —rechacé la quinta copa de alcohol—. No debería beber.

—Vamos, tanto Elena como yo escuchamos que batiste el récord de chupitos —una joven de cabello rosado volvió a extender la copa hacia mi dirección—. Catherine, no pasa nada por una copa. Además, mira a tu alrededor. Todos están pasándolo bastante bien.

—He dicho que no, gracias —recalqué, forzando una sonrisa.

Cuando por fin pude disfrutar de mi soledad, tomé asiento en una de las banquetas de madera. Estudié con la mirada la cantidad de botellas presentes en cada una de las mesas y sacudí la cabeza

ante la locura que acababa de pasar por mi mente: si Svetlana ya se comportaba de esta manera, ¿cómo lo haría en unos años? Es decir, desde que comenzó su relación con Dimitri, cambió de la noche a la mañana. Dejó de actuar como solía hacer, y se basó en el comportamiento de su prometido. Quería agradecerle en todas las formas posibles.

—¡Métete en la piscina, el agua está ideal! —gritó Svetlana, salpicándome—. Vamos, ¡atrévete a saltar! Diviértete un poco, Cat, no estás cometiendo ningún pecado.

Si tan solo supieras...

Decliné educadamente la invitación y esperé ansiosa a que todos abandonaran la piscina para pasar a la estancia principal, donde la fiesta continuaría en un ambiente más privado. Las luces de colores, los bailarines profesionales y la música irían a donde la dueña estaba. Alexia correteaba de un lado para a otro con un vaso de plástico mientras contaba alguna especie de chiste a la misma chica que me había ofrecido la bebida.

Le saludé con la mano y le hice la seña de que entraría más tarde. No tenía ánimos para ese tipo de ambientes, no era mi estilo, y jamás lo sería. ¿Estaba mal tener gustos diferentes al resto? Es decir, con mi edad, lo natural era adorar las fiestas, beber y salir con los amigos. Pero yo no sentía la misma necesidad. Mordisqueé mis labios y me deshice de las chanclas antes de introducirme en la piscina.

Sin el alboroto de los adolescentes lanzando pelotas de plástico de un lado a otro, gritando y saltando al agua, nadar se hacía mucho más relajante. Me sumergí por completo, mojando así mi cabello y lo aparté de mi frente cuando salí a la superficie de nuevo. Había una parte de la piscina en la que no hacía pie, así que aproveché para bucear y nadar de un lado para otro con total libertad. Cuando me cansé de hacerlo, me senté en las escaleras, todavía en el interior de la piscina.

—Oh, mierda —dije de repente, aferrándome al borde de la piscina.

Cubrí mi boca con una mano y abandoné el agua con la mayor rapidez posible. Corrí hasta una esquina y, sin poder evitarlo, me agaché para vomitar. Sujeté mi propio cabello para evitar mancharlo y me apoyé contra una de las mesas. ¿Qué? ¡Si había tomado la medicación! ¿Cómo era posible? Me senté en la silla más próxima, sin importar que estuviera empapada de pies a cabeza, y distinguí mi toalla extendida en sobre el césped a varios metros.

Intenté levantarme. Quise hacerlo. Pero mis piernas no parecían funcionar.

Joder, malditos mareos y náuseas.

No distinguí si era sudor frío aquello que resbalaba por mi frente o las gotas de agua. Ese mismo problema me ocurrió en la universidad la semana pasada, y creí que no volvería a suceder. Acorde al famoso blog de embarazo, dependiendo de la persona, los vómitos pueden durar hasta el segundo mes. Hay gente que ni siquiera los siente. ¿Por qué todo me sucedía a mí?

Suspiré con alivio al ver un teléfono en la mesa contigua. Me daba igual de quién fuera, necesitaba comunicarme con Alexia lo antes posible sin entrar a la sala principal.

Marqué su número —lo aprendí de memoria hace ya varios años— y pegué el móvil a mi oído, a la espera de escuchar su voz. Recé una y otra vez para que hubiera bajado el teléfono de la habitación, o, al menos, que alguien lo escuchara sonar y se lo llevara. Tras dos intentos, su voz resonó tras la otra línea. Parecía alejarse de la música conforme su voz se aclaraba.

—¿Quién es? —preguntó con rapidez, no sin trabarse en la primera palabra.

Mierda. ¿Tan borracha estaba?

—Catherine —respondí al instante, masajeando las sienes en un vano intento de suavizar los vertiginosos mareos—. Necesito tu ayuda. No me encuentro muy bien. ¿Llevas dinero suficiente para

llamar a un taxi? No creo que aguante toda la noche, y más con esa pestilencia a alcohol y... No soy capaz ni de pensarlo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Sucede algo?

—¿Recuerdas los medicamentos que dije que tomaría? —dije al mismo tiempo que me decidía a levantarme para coger la toalla. Me estaba congelando—, pues no han funcionado, ¡para nada! Estoy peor que antes, si es posible. Tendré que hablar con la doctora acerca del embarazo y..., de verdad, dile a Svetlana que lo siento, pero me marchó en este mismo instante.

Alexia comenzó a gritar para que pudiera escucharla, así que tuve que alejar el móvil unos centímetros para no quedarme sorda. Por fin logré alcanzar la toalla y la presioné contra mi pecho, quedando de espaldas a la mansión. Estaba elaborando una lista de razones por la que debería quedarme en la fiesta. No iba a hacerlo. No podía.

—¿Has dicho *embarazo*? —una tercera voz entró en escena.

Reconocí ese tono varonil y autoritario al instante. No necesité mirar sobre mi hombro para saber de quién se trataba. Dejé caer el teléfono al suelo, que repiqueteó contra este antes de caer de lleno a la piscina. Cubrí mi boca de nuevo en un intento de ahogar el jadeo por el susto y enderecé la espalda.

Esto no puede estar pasando.

—Catherine, ¿estás embarazada? —Dimitri insistió, y acto seguido, escuché sus amplias zancadas aproximándose hacia mi posición.

La calidez de sus manos contrarrestó el frío en mis brazos cuando me obligó a girarme. Afortunadamente, sostenía la toalla con tanta fuerza que por mucho que tirara de ella, no conseguiría arrebátarmela. O eso supuse. Me obligó a mirarle a los ojos y ladeó el rostro hacia un lado, esperando a escuchar aquello que confirmara sus pensamientos.

—Sí —asentí con rapidez—, estoy embarazada —repetí por si no había quedado lo suficientemente claro.

De acuerdo. Ya estaba dicho. Lo había confesado.

Dimitri cambió de expresión al instante. No entreví remordimiento, ni culpabilidad en su mirada. Es más, una pequeña chispa; un brillo se creó en las motas avellanas de sus ojos. Me sostuvo incluso con más fuerza antes de bajar la mirada hacia mi vientre, cubierto por la toalla. Tragué saliva, sin saber qué hacer, cómo reaccionar.

—Por eso fuiste a verme la otra mañana —prosiguió con un hilo de voz, cerrando los ojos momentáneamente—, por eso me echaste del cuarto de baño la semana pasada. Lo sabías por ese entonces y yo...

—No sé qué decir —parpadeé varias veces antes de limpiar las gotas de agua.

—Siento tanto no haberte escuchado, ni siquiera pensé en las consecuencias después de lo que pasó aquella noche —le escuché resoplar—. Voy a ser padre y me caso dentro de un fin de semana. Dios mío, ¿en qué lío me he metido? No volveré a probar ni una gota de alcohol en la vida.

Apoyé la frente contra mis manos y cerré los ojos.

—No puedes cancelar la boda —le dije con rapidez—. Si lo haces tendrías que confesarle a Svetlana lo que sucede y ahora que está tan ilusionada con su nuevo trabajo y el impresionante futuro que le espera, le destrozarías el corazón. Tan solo mira a tu alrededor, todo lo que ha hecho...

—¿Quieres que siga adelante con esto? —se mostró sorprendido.

—Te casas porque la quieres —alcé la mirada en busca de la suya.

—Claro, sí —aclaró su garganta—. No obstante, no puedo abandonarte ahora. Ya me entiendes, ese bebé es mío y no puedes pasar por todo esto tú sola.

Agradecí el haber escuchado esas palabras. No estás sola. No había tenido que suplicarle como imaginé. Dimitri tenía un cerebro dentro de esa alocada cabeza. Asentí varias veces y me aparté de la piscina, y de él. No tenía ánimos de permanecer en la fiesta por más tiempo, y tampoco junto a Dimitri. Entrelacé las manos sobre mi vientre antes de comenzar a recoger todo lo mío.

—¿Adónde vas? —escuché su voz aproximándose.

—A la residencia. No me encuentro demasiado bien.

—No puedes irte —me aferró del codo, deteniéndome—. Tenemos que hablar.

—¿De qué? Estoy embarazada, tú eres el padre, seguirás con la boda y esto permanecerá en secreto entre nosotros. No hay nada de lo que hablar.

—¿Te estás escuchando?

Intenté liberarme de su agarre. No lo conseguí.

—Svetlana podría salir aquí en cualquier momento. No quiero que nos vea juntos; no podemos permitir que nos pille así. Me marcharé a casa, descansaré y por la mañana estaré en condiciones de razonar. Además, ¿qué quieres que te diga? No pienso abortar, y dar al bebé en adopción no es otra alternativa. Tengo que seguir adelante sea como sea, con o sin tu ayuda —evadí su mirada.

—Te acabo de decir que pienso ayudarte en todo lo que me sea posible —murmuró.

—Bien, pues empieza por dejarme espacio. Me agobias.

Por fin solté mi brazo y pude terminar de recoger las cosas. Obligatoriamente tendría que cruzar el tumulto de personas para recoger mis cosas. Dimitri me observó alejarme, no hizo nada para detenerme, y me sentí agradecida por aquello. Abrí las puertas de cristal y me deslicé entre todos los presentes y subí por las escaleras. A pesar de continuar empapada, y con la necesidad de salir de ahí lo más rápido posible, me puse el vestido sobre la ropa y salí corriendo.

Tuve que llamar a un taxi a través del teléfono. Cuando por fin llegué a la residencia, pude respirar con tranquilidad. El nudo en mi pecho comenzó a deshacerse con lentitud. El mal trago había pasado.

¿Quién me lo hubiera dicho?

Escuché mi móvil vibrar en el interior de mi mochila y me apresuré a mirar de quién se trataba. Era un número desconocido, pero solo necesité leer el mensaje para saberlo.

He pedido cita en mi clínica privada. La doctora podrá atenderte el próximo miércoles. Por favor, intenta no golpearme cada vez que veas mi rostro. Sé lo que sientes, pero mi empresa necesita a alguien con una imagen impecable —D.

—Pienso estrangularte mientras duermes, Alexia —señalé al móvil, pues si Dimitri había conseguido mi número de teléfono tendría que haber sido a través de ella.

Tras tomar una ducha caliente, me puse el pijama y me deslicé en las frías sábanas. Me acurruqué contra la almohada, mirando a las luces de los coches a través de la ventana, e intenté no pensar en el rostro de Dimitri antes de caer dormida.